



Luis Vergara Anderson

“La historia y su escritura en *Tiempo y narración* de Paul Ricoeur”

p. 19-30

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LA HISTORIA Y SU ESCRITURA EN TIEMPO Y NARRACIÓN DE PAUL RICOEUR

LUIS VERGARA ANDERSON
Universidad Iberoamericana

I

Para los historiadores y los interesados en la filosofía o teoría de la historia, *Tiempo y narración*, de Paul Ricoeur, constituye una lectura obligada porque, entre otras muchas razones, aporta fundadas respuestas a las preguntas por los supuestos semánticos, epistemológicos, ontológicos, éticos y políticos de la práctica de la escritura de la historia; esto es, a las preguntas que cualquier teoría crítica de la historia pretende responder. También porque aclara las diferencias y semejanzas entre el relato histórico y el de ficción y, al mismo tiempo, las razones por las que ambos géneros se presuponen y requieren recíprocamente. Además, porque propone, a partir de una cuidadosa e informada revisión, tanto de lo mejor de la historiografía de nuestros tiempos como de la teoría de la historia de corte analítico, una concepción de la escritura de la historia donde la explicación de tipo nomológico-deductivo y la comprensión propia de la competencia narrativa no aparecen como opuestos mutuamente excluyentes sino como aspectos complementarios y conjuntamente esenciales del género histórico. Asimismo, porque nos brinda una respuesta novedosa y plausible a la pregunta por la relación que guarda el relato histórico con el pasado “real” y, a la vez, pone de manifiesto la función mediadora de la narratividad entre la condición histórica y la conciencia histórica de cualquier individuo o pueblo, y ofrece una caracterización precisa de estos términos. Finalmente, porque efectúa un señalamiento explícito de las implicaciones ético-políticas del quehacer del historiador frente al pasado, el presente y el futuro.

El interés de Ricoeur por los asuntos relativos a la teoría de la historia no se origina con *Tiempo y narración*: ya en 1955 publicaba la primera edición del conjunto de ensayos agrupados justamente con el título de *Historia y verdad*,¹ el primero de los cuales, “Objetividad y subjetividad en historia”,

¹ Paul Ricoeur, *Histoire et vérité*, Paris, Seuil, 1955 (2a. ed. 1964). (Traducción al español: *Historia y verdad*, Madrid, Encuentro, 1990. Traducción al inglés: *History and Truth*, Evanston, Northwestern University Press, 1965.)

que había visto la luz por vez primera en 1952, constituye una especie de primer manifiesto ricoeuriano sobre la escritura de la historia. En el año académico 1978-1979 Ricoeur dicta la conferencia Zaharoff, “La contribución de la historiografía francesa a la teoría de la historia”,² que un poco más tarde habría de constituir la base de “El eclipse de la narración”, primer capítulo de la segunda parte de *Tiempo y narración*.

*Tiempo y narración*³ es una obra en tres volúmenes publicados originalmente entre 1983 y 1985. El problema fundamental al que Ricoeur se enfrenta en ella es el de la relación entre narratividad y temporalidad. Su tesis central al respecto es ésta: “Entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de una necesidad transcultural. Con otras palabras, el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal.”⁴

La estrategia argumentativa de la que el autor comentado echa mano para persuadirnos de la validez de su tesis consiste en poner de manifiesto la forma en que la historia y la ficción entretreídas dan lugar a “lo que denominamos tiempo humano, que no es otra cosa que el tiempo narrado”.⁵ Así, los cuatro temas cardinales de *Tiempo y narración* son la temporalidad, la narratividad, el relato histórico y el relato de ficción. El propio Ricoeur concibe su obra como la paciente preparación y la subsecuente realización de una gran conversación tripartita donde los interlocutores son la fenomenología de la temporalidad y los dos géneros de relatos mencionados —que conjuntamente y en sus relaciones de interdependencia responden a lo que es la función narrativa. El efecto buscado a través de esta conversación es revelar cómo a la aporética insoluble que descubre la fenomenología de la temporalidad, la narratividad le ofrece una “respuesta” poética.

Ricoeur inicia la breve introducción general a toda la obra afirmando la relación que ella guarda con *La metáfora viva*⁶ y el carácter estrecho de la mis-

² Paul Ricoeur, *The Contribution of French Historiography to the Theory of History (The Zaharoff Lecture for 1978-1979)*, Oxford, Clarendon Press, 1980.

³ Ricoeur, *Temps et récit I. L'historique et le récit*, Paris, Seuil, 1983. (Traducción al español: *Tiempo y narración I. La configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, Cristiandad, 1987. Traducción al inglés: *Time and Narrative*, v. 1. Chicago, University of Chicago Press, 1984.) Ricoeur, *Temps et récit II. la configuration dans le récit*, Paris, Seuil, 1984. (Traducción al español: *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, Madrid, Cristiandad, 1987. Traducción al inglés: *Time and Narrative*, v. 2. Chicago, University of Chicago Press, 1985.) Ricoeur, *Temps et récit III. Le temps raconté*, Paris, Seuil, 1985. (Traducción al inglés: *Time and Narrative*, v. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1988.)

⁴ Ricoeur, *Tiempo y narración I*, Madrid, Cristiandad, 1987, p. 117.

⁵ Ricoeur, *Time and Narrative*, v. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1988, p. 102.

⁶ Ricoeur, *La métaphore vive*, Paris, Seuil, 1975. (Traducción al español: *La metáfora viva*, Madrid, Cristiandad, 1980. Traducción al inglés: *The Rule of Metaphor*, Toronto, University of Toronto Press, 1978.)

ma: se trata, en efecto, de “obras gemelas”. ¿Cuál es la naturaleza de esta relación? La tesis central de *La metáfora viva* es que, si bien en el lenguaje metafórico se suspende la función referencial propia del lenguaje descriptivo —una metáfora interpretada literalmente es un sinsentido—, en él tiene lugar la emergencia de referencias “de segundo grado”; esto es, de redescripciones del mundo que permiten decir lo que de otra manera no podría decirse. Ricoeur cree ver en este surgimiento de la redesccripción del mundo un efecto análogo al que tiene, en relación con el conocimiento científico, el empleo de modelos. Ahora bien, tanto la metáfora como la narración poseen capacidad referencial, y la redesccripción metafórica predomina en “el campo de los valores sensoriales, pasivos estéticos y axiológicos que hacen del mundo *realidad habitable*”, mientras el papel mimético de la narración “se mantiene preferentemente en el campo de la acción y de los valores *temporales*”.⁷

Aunque, de manera específica, la relación circular entre temporalidad y narratividad es el objeto de estudio en *Tiempo y narración*, desde el comienzo se aclara que “la frontera entre ambas funciones [la metafórica y la narrativa] es inestable”.⁸ En todo esto, la expresión clave para la adecuada comprensión de lo que se lleva a cabo en *Tiempo y narración* es la de “la función mimética de la narración”, que remite a la *Poética* de Aristóteles. En la base de toda la argumentación de Ricoeur se encuentra, en efecto, la afirmación de que esta función mimética no se realiza tan sólo en el interior del texto narrativo —sea éste de ficción o de historia— sino que, con anterioridad a su existencia, se inicia en una precomprensión del mundo de la acción y sólo llega a culminar en la “intersección del mundo del texto y el mundo del lector” que tiene lugar en la lectura y en la subsecuente reconformación del segundo de esos mundos. A estos tres momentos de la función mimética Ricoeur los denomina mimesis 1, 2 y 3, y corresponden, respectivamente, a la prefiguración, a la configuración y a la refiguración del tiempo; en conjunto, ellas dan lugar a la transfiguración del tiempo y, por ende, a la de la realidad. Es así como el proyecto, cuya realización constituye *Tiempo y narración*, es el de mostrar cómo la mediación entre temporalidad y narratividad se constituye en las relaciones entre las tres fases de la mimesis, propósito al que se ajusta la gran conversación tripartita entre la fenomenología de la temporalidad, el relato histórico y el relato de ficción a la que ya se hizo referencia. Es claro que el postulado ontológico de la naturaleza extralingüística del mundo —al que Ricoeur denomina “presuposición ontológica de la referencia”—⁹ constituye una pieza clave en el sustento de toda su argumentación, ya que sin él difícilmente resultaría comprensible lo que Ricoeur quiere entender por

⁷ Ricoeur, *Tiempo y narración I*, Madrid, Cristiandad, 1987, p. 35.

⁸ *Ibid.*, p. 36.

⁹ *Ibid.*, p. 154.

mimesis-1 y mimesis-3. La organización de la obra en cuatro partes —las dos primeras de las cuales se publican en un solo volumen— responde a su intencionalidad: en la primera se colocan las bases para la comprensión de todo el programa y se expone éste; en la segunda y en la tercera se analiza la configuración de los relatos de historia y de ficción, respectivamente; y en la cuarta se investiga la forma en que la historia y la ficción entretejidas refiguran el tiempo, dando lugar a la temporalidad propiamente humana que, como ya se ha dicho, para Ricoeur no es otra que la temporalidad narrada.

En lo que resta de este trabajo me referiré a las aportaciones de Ricoeur cifradas en *Tiempo y narración* para nuestra comprensión de lo que es la historia, su escritura y la relación entre una y otra. Por exigencia de brevedad, no me será posible mucho más que apuntar las direcciones generales a que se orientan tales aportaciones.

II

La escritura de la historia

Ricoeur emprende su estudio de la operación configurante, en el caso concreto de los relatos históricos, procediendo en la forma dialéctica que le es típica. En primer término, describe “el eclipse de la narración” en la escritura de la historia desde dos perspectivas completamente distintas: la del “eclipse del acontecimiento” en la historiografía francesa —escuela de los *Annales*, específicamente— y la del “eclipse de la narración” en la corriente analítica de la filosofía escrita en lengua inglesa, puesto de relieve particularmente en la propuesta del empleo del modelo nomológico-deductivo en la historia, que fuera formulada hace medio siglo por C. G. Hempel.¹⁰ A continuación pone de manifiesto el carácter altamente relativo de estos rechazos a la concepción narrativista de la historia: por un lado, para que el modelo nomológico-deductivo haya podido ser aplicable en el campo de la historia ha tenido que sufrir importantes modificaciones que atenúan la brecha entre la pretensión de su empleo y la tesis narrativista; por otro, los “argumentos narrativistas” que se aprecian en la filosofía de la historia reciente (W. Dray, G. H. von Wright, A. Danto, W. B. Gallie, L. O. Mink, H. White y P. Veyne) revelan diversas maneras en las que el concepto de competencia narrativa tiende puentes hacia la escritura de la historia. Finalmente, Ricoeur nos ofrece su propia versión de lo que se hace al escribir la historia.

¹⁰ C. G. Hempel, “The Function of General Laws in History”, en *The Journal of Philosophy*, 39, 1942, p. 35-48.

Su posición, en síntesis, consiste en afirmar que “la historia más alejada de la forma narrativa sigue estando vinculada a la comprensión narrativa por un vínculo de derivación”.¹¹ Lo que ocurre es que, en la escritura de la historia, tanto la capacidad para elaborar explicaciones de índole nomológico-deductiva como la competencia narrativa son factores esenciales y complementarios, pues la historia es un campo de aplicación específico de la fórmula “explicar más es comprender mejor”. El vínculo entre la historiografía y la competencia narrativa es, sin embargo, de naturaleza indirecta: al tiempo que entre una y otra se efectúa un “corte epistemológico” en tres planos distintos —el de los medios explicativos, el de las entidades y el de los tiempos— también se establecen relaciones de derivación indirecta en cada uno de ellos. Estas relaciones de derivación indirecta son posibles debido a la existencia de “enlaces” en cada uno de los tres planos considerados —imputaciones causales singulares en el de los procedimientos explicativos, entidades de pertenencia participativa de primer orden en el de las entidades y destinos de los acontecimientos históricos en el de los tiempos—, los cuales permiten hablar de cuasi-explicaciones, cuasi-personajes y cuasi-acontecimientos en el campo de la historia, dando lugar así a las cuasi-narraciones que le son propias.

El tiempo histórico

Ricoeur empieza a explorar la relación circular entre narratividad y temporalidad con la consideración de cada uno de los lados del círculo por separado; para ello estudia las aporías sobre el tiempo puestas de manifiesto en el libro XI de las *Confesiones* de San Agustín, por una parte, y la *Poética* de Aristóteles, por otra. Ricoeur eligió estas dos “introducciones históricas” a la temática general de *Tiempo y narración* porque constituyen “accesos independientes” a ella, y porque al contemplarlas juntas se observa en ellas una curiosa simetría: San Agustín “ofrece una representación del tiempo en que la *discordancia* desmiente continuamente el deseo de *concordancia*”, en tanto que Aristóteles “establece la preponderancia de la concordancia sobre la discordancia en la configuración de la trama”.¹² He aquí los resultados más importantes que se desprenden de estas “introducciones históricas”: primero, el tiempo es fenomenológicamente una distensión o dilatación del espíritu, el cual, cuanto más se convierte en intensidad, más sufre de distensión —por lo que respecta a los análisis de San Agustín—; y, segundo, la mimesis —imitación o representación de la acción— se lleva a cabo mediante la actividad u operación denominada *mythos* —disposición de los hechos en sistema o en-

¹¹ Ricoeur, *Tiempo y narración I*, Madrid, Cristiandad, 1987, p. 169.

¹² *Ibid.*, p. 42.

tramado—, dando lugar así a un modelo de concordancia que incluye la discordancia (por lo que se refiere al texto aristotélico). Con base en estas exploraciones iniciales, Ricoeur formula al término de la primera parte de la obra las siguientes dos hipótesis: no es posible una fenomenología pura del tiempo —esto es, en la indagación fenomenológica de la experiencia del tiempo no es posible eliminar completamente las aporías que van surgiendo una tras otra en el proceso de resolver las que han surgido previamente— y a la aporética de la temporalidad puede hacerse corresponder una poética de la narratividad, de manera que la primera puede ser “resuelta” a través de la segunda. Como se apreciará sin duda, esta segunda hipótesis evoca de alguna manera la tesis central relativa a la referencialidad “de segundo orden” del lenguaje metafórico, tema central de *La metáfora viva*.

Ricoeur retorna a estos asuntos al inicio de la cuarta parte, una vez que ha estudiado detenidamente la operación configurante tanto en el ámbito del relato histórico como en el de ficción. Lo que ahora pretende es verificar la primera de las hipótesis arriba apuntadas, lo que lleva a cabo a través de cuidadosas revisiones de la filosofía del tiempo de Aristóteles, de la fenomenología de la conciencia del tiempo de Husserl, de la concepción que del tiempo tiene Kant y de la fenomenología hermenéutica de la temporalidad de Heidegger. Tales revisiones ponen de manifiesto una aporía fundamental: la irreductibilidad recíproca de las perspectivas fenomenológica (San Agustín) y cosmológica (Aristóteles) sobre el tiempo. Con esto ha quedado preparado el terreno para que pueda investigarse la hipótesis central de que la clave para comprender las operaciones refigurantes propias de mimesis-3 radica en la manera como la historia y la ficción, tomadas en conjunto, aportan la respuesta que la poética ofrece a las aporías surgidas en la investigación fenomenológica de la temporalidad.

Por lo que se refiere a la historia, Ricoeur lleva a cabo una extensa reflexión sobre los conceptos de calendario y de sucesión de las generaciones, así como, sobre todo, del de huella o vestigio, que es a la vez dinámico —en cuanto connota residuo de lo pasado— y estático —en cuanto remite a algo existente en el presente—, con base en lo cual llega a concluir que “la forma singular en la que la historia responde a las aporías de la fenomenología del tiempo consiste en la elaboración de un tercer tiempo —el tiempo propiamente histórico— que media entre el tiempo vivido y el tiempo cósmico”.¹³

La ficción, por su parte, enfrenta las mismas aporías mediante “las variaciones imaginativas a las que [...] da lugar respecto de los grandes temas de la fenomenología [del tiempo]”.¹⁴

¹³ Ricoeur, *Time and Narrative*, u. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1988, p. 99.

¹⁴ *Idem*.

La realidad del pasado histórico

¿Cuál es la relación de la historia escrita con el pasado “real”? ¿En qué consiste la realidad del pasado histórico? Las respuestas que ofrece Ricoeur a estas preguntas constituyen “una de las aportaciones importantes de *Tiempo y narración*. Su punto de partida para construirlas es la afirmación de que “el fracaso relativo de todo pensar sobre el pasado como tal surge de la abstracción del pasado, del rompimiento de sus ligas con el presente y el futuro”¹⁵ y de que la relación del conocimiento histórico con el pasado “real” es la de “estar en el lugar de”. Con inspiración en los “grandes géneros” platónicos,¹⁶ procede a pensar dialécticamente el pasado en términos de —o, mejor, bajo los signos de— lo mismo —a la manera de R. G. Collingwood—, lo otro —como lo hicieran de maneras distintas y cada vez más profundas W. Dilthey, P. Veyne y M. De Certeau— y lo análogo. Al considerar el último de estos tres momentos, Ricoeur repasa con cierta amplitud las teorías “tropológicas” de Hayden White,¹⁷ destacando de ellas con aprobación, entre otras cosas, que “la teoría de los tropos [...] constituye la estructura profunda de la imaginación histórica” y que “la retórica gobierna la descripción del campo histórico de la misma manera en la que la lógica gobierna a la argumentación que tiene un valor explicativo”.¹⁸ Advierte, sin embargo, que “el recurso a la tropología [...] corre el riesgo de eliminar la frontera entre ficción e historia”.¹⁹ Al final de su reflexión sobre estos asuntos, Ricoeur formula la siguiente conclusión: “la clave para resolver el problema radica en el funcionamiento, que no es meramente retórico sino también ontológico, del ‘como’ [del ‘ser como’ metafórico, a través del cual la historia escrita remite al pasado]”.²⁰

A la relación de “estar en el lugar de” —del conocimiento histórico con el pasado “real”—, corresponde en el ámbito de la ficción la función que ésta posee, en cuanto a la práctica cotidiana, de revelar y transformar. A este respecto, sin embargo, Ricoeur pone especial cuidado en precisar lo siguiente: “Es sólo en la lectura que el dinamismo de configuración alcanza su término, y es más allá de la lectura, en la acción efectiva por ella instruida, que la configuración del texto se convierte en refiguración”.²¹

¹⁵ *Ibid.*, p. 193.

¹⁶ Véase a este respecto el diálogo *El sofista*, atribuido con alguna inseguridad a Platón.

¹⁷ En particular metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Para más datos a este respecto, véanse las siguientes obras: H. White, *Metahistory*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1973 (especialmente la Introducción), y *Tropics of Discourse*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1978.

¹⁸ Ricoeur, *Time and Narrative*, v. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1988, p. 153.

¹⁹ *Ibid.*, p. 154.

²⁰ *Ibid.*, p. 155.

²¹ *Ibid.*, p. 159.

Historia y ficción: diferencias, semejanzas e interdependencias

Como ya ha sido apuntado, para Ricoeur ficción y narración no son sinónimos, ya que el segundo término es predicable tanto en los relatos de ficción como en los históricos. Ahora bien, aunque al considerar con cuidado el vínculo entre acción y narración en el nivel de la mimesis-2 se alcance la oportunidad de ver cobrar forma “inesperadas convergencias y divergencias relativas al destino de la configuración narrativa en los campos de la narración histórica y la de ficción”,²² las operaciones configurantes propias de este nivel son esencialmente las mismas en ambos tipos de relatos. No es sino hasta cuando uno se sitúa en el plano de la mimesis-3 que la pregunta por las diferencias y semejanzas entre uno y otro géneros adquiere plena relevancia. Algunas de ellas ya han sido señaladas en los párrafos anteriores. Por una parte se tiene lo que Ricoeur denomina la “aprehensión dicotómica” de las intencionalidades de cada tipo de relato: en tanto que el relato histórico enfrenta las aporías de la temporalidad a través de la elaboración del tiempo histórico, la ficción lo hace mediante las “variaciones imaginativas” que puede generar en relación con la temática del tiempo. Por otra parte, considerar la relación que guarda la historia escrita con el pasado real, aunado a la de capacidad de los relatos de ficción para “revelar y transformar vida y costumbres”,²³ tiende a acortar la distancia entre las nociones de la realidad del pasado histórico y de la irre realidad de lo narrado en los relatos de ficción. Muy por encima de estas diferencias y semejanzas se encuentra, sin embargo, la que para Ricoeur es la diferencia fundamental entre historia y ficción: la pretensión de verdad de la primera. Esta pretensión es, por supuesto, sólo formulable en el plano de la mimesis-3, pues se asume implícitamente el postulado ontológico de la referencia y debe ser comprendida desde la óptica de la dialéctica de lo mismo, lo otro y lo análogo.

Más allá de semejanzas y diferencias, lo que para Ricoeur es crucial a la luz del programa que ha emprendido son las *interdependencias* entre historia y ficción, lo que denomina el “entretejido” de uno y otro géneros. Es justamente aquí donde se aprecia “hasta su última etapa de concretización, la labor de la praxis refigurante a través de la narrativa, tomada ésta en su sentido más amplio posible.”²⁴ Al referirse a ello, Ricoeur se esfuerza en poner de manifiesto

cómo la refiguración del tiempo por la historia y la ficción se vuelve concreta en virtud de los préstamos que cada modo se hace del otro. Estos préstamos se sustentan en el hecho de que la intencionalidad histórica sólo se hace

²² Ricoeur, *Time and Narrative*, v. 2, Chicago, University of Chicago Press, 1985, p. 4.

²³ Ricoeur, *Time and Narrative*, v. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1988, p. 101.

²⁴ *Idem*.

efectiva a través de la incorporación a su objeto pretendido de recursos de ficcionalización que surgen de la forma narrativa de la imaginación, en tanto que la intencionalidad de la ficción produce sus efectos de detección y transformación del actuar y del sufrir sólo a través de asumir simétricamente los recursos de historización que se le presentan en sus intentos de reconstruir el pasado verdadero.²⁵

Así, le es posible concluir a este respecto que: “De estos íntimos intercambios entre la historización del relato de ficción y la ficcionalización del relato histórico nace lo que denominamos tiempo humano que no es otra cosa que el tiempo narrado.”²⁶

Condición y conciencia históricas: las implicaciones ético-políticas del quehacer del historiador

Al haber mostrado Ricoeur la forma en que la historia y la ficción entretejidas dan lugar al tiempo humano, esto es, al haber señalado la manera como la narrativa ofrece una respuesta poética a la aporética de la fenomenología de la temporalidad, parecería que el proyecto propuesto al inicio de *Tiempo y narración* ha llegado a su culminación. Esto es en gran parte verdad; sin embargo, durante la realización de este proyecto, Ricoeur se ha percatado de una aporía más importante que la del recíproco ocultamiento de las perspectivas fenomenológica y cosmológica del tiempo: la de la singularidad del tiempo, postulada por todas las grandes filosofías. Colocado así ante esta nueva aporía, se pregunta “si acaso una conciencia histórica unitaria, capaz de compararse a sí misma con la postulada univocidad del tiempo y de convertir en fructíferas sus aporías, procede de las intenciones referenciales entretejidas de las narrativas históricas y de ficción”.²⁷

El punto del cual parte en su tratamiento de esta interrogante es el de las dificultades que enfrentó al ocuparse de lo relativo a la realidad del pasado. Tales dificultades parecen sugerir una aprehensión de la historia como totalización del tiempo en un eterno presente, sugerencia a la que Ricoeur denomina “la tentación hegeliana”, la cual rechaza porque “en el momento en que el presente, igualado con lo real, suprime su diferencia con el pasado, la filosofía suprime la noción de historia”.²⁸ El capítulo dedicado a este asunto concluye con una admonición para aquellos lectores que, como el propio Ricoeur, “sienten el abandonar esta filosofía [hegeliana] como una

²⁵ *Ibid.*, p. 101-102.

²⁶ *Ibid.*, p. 102.

²⁷ *Ibid.*, p. 193.

²⁸ *Ibid.*, p. 204.

herida”: “si no hemos de incurrir en la debilidad de la nostalgia, debemos aspirar a tener el coraje requerido para guardar luto”.²⁹

Habiendo rechazado la “tentación hegeliana” de una “mediación total” en la realización de la Idea, Ricoeur procede a sentar las bases de una hermenéutica de la conciencia histórica, entendida ésta como “interpretación de la relación que las narrativas histórica y de ficción tomadas en conjunto guardan con cada uno de nosotros en cuanto pertenecientes a la historia”.³⁰ Su tesis es que: “La función narrativa, considerada en su mayor amplitud, cubriendo tanto los desarrollos que van desde la épica hasta la novela moderna como los que van desde las leyendas hasta la historia crítica, se define en última instancia por su ambición de refigurar —en una mediación parcial, abierta, imperfecta— nuestra condición histórica y así elevarla al nivel de conciencia histórica”,³¹ y que esta mediación está constituida por “la red de perspectivas entretrejidas de la expectativa del futuro, la recepción del pasado y la experiencia del presente, sin ningún *Aufhebung* hacia una totalidad en la que la razón en la historia y su realidad coincidieran”.³²

De lo que se trata es entonces de “preservar el ímpetu que Hegel dio al proceso de totalización, sin por ello ceder a la tentación de una totalidad completa”.³³ Para hacerlo, Ricoeur echa mano de las categorías metahistóricas propuestas por R. Koselleck³⁴ de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectación”, las cuales “gobiernan todas las maneras en las que los seres humanos de todas las eras han pensado sobre su existencia en términos de historia —sea la historia hecha o la historia escrita—”³⁵ y “cuya descripción es siempre inseparable de una prescripción”.³⁶ La implicación ética y política permanente del empleo de estas categorías metahistóricas es que “la tarea es prevenir que la tensión entre estos dos polos del pensar sobre la historia se convierta en un cisma [...], por un lado debemos resistir la seducción de las expectativas puramente utópicas [...], por otro lado debemos también resistir cualquier estrechamiento del espacio de experiencia”.³⁷ La conclusión de Ricoeur es que la hermenéutica de la conciencia histórica logra articular directamente en el nivel de la historia común los tres éxtasis del tiempo: el futuro, bajo el signo de la expectación —como lo entiende R. Koselleck— el pasado, bajo el signo de la tradición —evocando a H. G. Gadamer— y

²⁹ *Ibid.*, p. 206.

³⁰ *Ibid.*, p. 103.

³¹ *Ibid.*, p. 102.

³² *Ibid.*, p. 207.

³³ *Ibid.*, p. 103.

³⁴ R. Koselleck, *Futures Past: The Semantics of Historical Time*, Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 1985, p. 267-288.

³⁵ Ricoeur, *Time and Narrative*, v. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1988, p. 214.

³⁶ *Ibid.*, p. 215.

³⁷ *Ibid.*, p. 215-216.

el presente, bajo el signo de lo que irrumpe —en el sentido de F. Nietzsche. En esta concepción, el presente histórico es, en cada era, el último término de una historia completa y también es, o al menos puede llegar a ser, la fuerza inaugural de una historia por hacerse y es “en el entrelujo de referencias entre expectación, tradición y la intempestiva irrupción del presente donde la labor de refiguración del tiempo por la narrativa se completa”.³⁸ Es así como la conciencia histórica, entendida como la condición histórica refigurada por la función narrativa, da respuesta a la aporía de la singularidad del tiempo, y es también así como el presente puede y debe ser entendido, no como simple presencia, sino como “el tiempo en el que el peso de la historia que ya ha sido hecha se deposita, suspende e interrumpe, y cuando el sueño de la historia aún por hacerse se transcribe en una decisión responsable”.³⁹

El historiador como deudor insolvente y la identidad narrativa de pueblos e individuos

Al abordar lo relativo a la relación de la historia escrita con el pasado, Ricoeur introduce la idea de que los historiadores laboran en términos de una deuda no pagada con el pasado, de que son deudores insolventes:

Quando deseamos señalar la diferencia entre ficción e historia, inevitablemente nos referimos a la idea de una cierta correspondencia entre nuestro relato y lo que realmente ocurrió. Al mismo tiempo, somos bien conscientes de que esta reconstrucción es una construcción distinta del curso de los acontecimientos relatados. Es por esto que muchos autores rechazan correctamente el término “representación” que parece estar contaminado por el mito de una reduplicación de la realidad término por término en la imagen que construimos. El problema de la correspondencia al pasado, sin embargo, no se elimina por este cambio en el vocabulario. Si la historia es una construcción, los historiadores, por instinto, quisieran que esta construcción fuese en efecto una reconstrucción [...] Ubiquen [los historiadores] su trabajo bajo el signo de la amistad o bajo el de la curiosidad, todos se encuentran motivados por el deseo de hacerle justicia al pasado. Su relación con el pasado es ante todo la de alguien que tiene una deuda no pagada y en esto representan a cada uno de nosotros, los lectores de su obra.⁴⁰

La deuda impagada del historiador no es simplemente con el pasado; más en concreto, está contraída con “las gentes del pasado, con los muertos”.⁴¹ La intencionalidad de la escritura de la historia a la que remite la idea

³⁸ *Ibid.*, p. 103.

³⁹ *Ibid.*, p. 208.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 152.

⁴¹ *Ibid.*, p. 157.

de la deuda no pagada involucra también a uno de los grandes temas que han ocupado recientemente a Ricoeur: el de la identidad narrativa de pueblos e individuos. En uno de sus comentarios sobre los préstamos que la escritura de ficciones hace al género del relato histórico, Ricoeur se refiere por vez primera a esta identidad en los siguientes términos:

Tengo en mente aquellos acontecimientos que una comunidad histórica tiene por significativos porque ve en ellos un origen, un retorno a sus comienzos. Estos acontecimientos, de los que se dice que “hacen época”, adquieren su sentido específico de su capacidad para fundar o reforzar la conciencia de identidad de la comunidad; esto es, su identidad narrativa, al igual que las de sus miembros.⁴²

Ricoeur es, desde luego, consciente del riesgo que la celebración de este tipo de acontecimientos se encuentre al servicio de ideologías legitimadoras de prácticas de dominación. No obstante, declara que “la eliminación de admiración, veneración y gratitud no es ni posible ni deseable. Si, como expusiera Rudolf Otto, lo *tremendum fascinosum* constituye el núcleo emocional de nuestra experiencia de lo sagrado, el sentido de lo sagrado permanece como una dimensión inexpugnable del sentido histórico”,⁴³ pero sólo para precisar inmediatamente después que: “Lo *tremendum*, sin embargo, posee otra cara, lo *tremendum horrendum*, cuya causa también merece ser escuchada[...] El horror es la forma negativa de la admiración, como el aborrecimiento lo es de la veneración. El horror se asocia a los acontecimientos que nunca deberán olvidarse. Constituye la motivación ética última para la historia de las víctimas”.⁴⁴

⁴² *Ibid.*, p. 187.

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ *Idem.*